



ENTREVISTA

Empresas y tribulaciones literarias de José Esteban, zahorí

Francisco Gómez-Porro



Son las seis de la tarde de uno de los últimos días de julio. Estamos en Segovia, la vieja ciudad castellana que no ha renunciado del todo a parecerse a sí misma, aunque viva encallada como todas las ciudades históricas en un presente precario, contradictorio. Segovia es como un Toledo menos huraño y poseído de su imponente poder. Tiene el magnetismo de esas ciudades en las que basta vivir una hora para que uno tenga la sensación de haber vivido siempre en ellas, a diferencia de esas otras que nunca acaban de vivirse del todo. Fue con la ciudad del Tajo la cuna del castellanismo comunero y es hoy como aquella un hervidero de turistas, de sol y paz provinciana.

Por la carretera, entre los pinos, hacia el Eresma, flota la calima borrando los pinares. José Esteban, que esta mañana ha participado en la Universidad de Verano de Castilla y León con una conferencia sobre el escritor errabundo Ciro Bayo, suda mientras camina sin renunciar a una de esas dulzonas tagarninas que fuma a todas horas. Bajamos hacia el río por el Paseo de Santo Domingo. Unos guardabosques nos indican un atajo para llegar al Monasterio del Parral evitando el tráfico de la carretera.

Tomamos el sendero que protege un refrescante dosel de acacias hasta llegar a lo que fue la vieja Casa de la Moneda. Fundada por Felipe II en 1583 sobre el emplazamiento de un antiguo molino harinero, en sus prensas se acuñaron las primeras monedas fechadas castellanas. Hoy es un caserío arruinado, con desportilladas ventanas, que apenas evoca la bella austeridad que le transmitiera en su origen el que fuera su constructor, Juan de Herrera. Una sociedad de amigos del edificio creada recientemente, quiere convertir este edificio en centro de fabricación del euro, la moneda europea. José Esteban dice algo que sirve de prohemio a este paseo biográfico.

— Si hubiera querido ser rico me hubiera hecho notario, que es lo que mi padre quería. ¿No te parece?... No comprendo como se puede estar en la literatura para hacerse rico. Para eso hay otros procedimientos.

Se ve que José Esteban, graciosa figurilla del paisaje literario estival, está dolido contra algo o contra alguien que hemos dejado atrás. Eso lo trae el conocer los albañales donde desaguan las miserias literarias. Tiene una palabra que emplea con frecuencia para bautizar a los que medran por esa vía: *lagotero*, el zalamero que halaga para obtener un provecho.

En algún lugar de las alamedas canta un pito. El cantar del pito me trae a la memoria otros cantares a los que José Esteban es tan aficionado.

— En una separata de la revista “Cuadernos de Etnología de Guadalajara”, con el sabroso título de Refranes, decires, apodos y cantares de la provincia de Guadalajara, *recoges un cantarillo que, aunque puede localizarse como tú dices en otras zonas, no te cuadra mal. Dice así: “¿Cómo quieres que en Sigüenza/ haya muchos liberales?/ si todos son hijos de curas/ de canónigos y frailes”.*

— Sí, se canta también en otros lugares, en poblaciones con seminarios y conventos como Toledo. A mí el cantar me cuadra sólo en lo que se refiere a estar emparentado con los canónigos. Soy sobrino de canónigo por la rama materna; la paterna, en cambio, es liberal y socialista. Pero resulta apropiado ese cantar referido a una ciudad como Sigüenza. Indica el negro contrapunto de una ciudad hermosa como pocas, que ha sido en el pasado centro de poder y de cultura...

— Y de sufrimiento...

— Y de sufrimiento, por supuesto, que es la consecuencia inmediata del poder. Esto se vio con claridad después de la guerra civil, que es la sociedad que yo viví. Nunca como entonces fue más Sigüenza la Orbajosa que pinta Galdós en *Doña Perfecta*. La Iglesia hizo mucho daño a Sigüenza en el pasado, marcó las vidas de sus gentes. Ahora mismo estoy trabajando en un relato que pretende ser un ajuste de cuentas con ese pasa-

do calamitoso. Nunca olvidaré la imagen de las cuerdas de presos políticos que pasaban por mi casa para coger en calderas el agua de la Fuente de los Caños. La cárcel estaba cerca del Castillo. Ahora es diferente. Han cambiado muchas cosas. Como dice otro cantar: "Sigüenza ya no es Sigüenza/ que es un segundo Madrid". Sigüenza es mi infancia y también mis primeras lecturas. Pasaba horas en la Biblioteca Municipal de la ciudad, que entonces era bastante buena, y recibía excelentes donaciones.

– ¿Qué tipo de lecturas?

– De todo. Lorca, Machado, Unamuno, lo que se podía. Pero por aquella época hubo un autor decisivo en mi formación. No es español, cosa curiosa. Se trata de Hugo Wast. No creo que muchos sepan hoy de quién se trata. Antonio Pérez y yo leíamos todo lo que caía en nuestras manos de dicho autor. Especialmente un librito donde contaba lo que significaba ser escritor. Pero hasta que no llegué a Madrid no pude desarrollar mi verdadera fiebre lectora.

– ¿Qué te trajo a la capital de España?

– Madrid ha sido la desembocadura natural de los segoninos. Yo llegué a Madrid hacia el año 56 a estudiar Derecho. Me encontré con una universidad movilizadísima, en abierta rebelión contra la sociedad franquista. Conocí a Ramón Tamames y a Claudio Rodríguez. Tengo que decir que vine a estudiar Derecho, aunque no me gustaba la carrera de abogado. Tenía el mandato paterno de recuperar las propiedades que le habían sido expropiadas a mi familia durante la Guerra. Pero cuando ya estaba acabando la carrera me encontré con que se llevaba a cabo la restitución sin necesidad de iniciar ningún proceso. De modo que me quedé varado.

– ¿Y la carrera literaria?

– Desde el principio compatibilicé la carrera con la poesía. Antonio Pérez me ayudó mucho al principio, que vino antes que yo. Y Alfredo Juderías, que era de Molina. Este último venía en Sigüenza e incluso tenía alguna consulta semanal de otorrinolaringología, pero vivía en Madrid. Era un personaje fascinante, que había sido comandante del ejército republicano, represaliado, que había conocido a Lorca y poseía una enorme erudición. A él también le debo mis primeros pasos. Me llevó hasta Camilo José Cela, a González Ruano y a muchos escritores. Gracias a él pude tener una idea aproximada del estado literario de Madrid.

– ¿También te llevó a ver a Baroja?

– No. A Baroja fuimos a verlo Antonio Pérez y yo. Baroja era muy importante para los jóvenes de la época. Éramos una generación sin maestros y Baroja suponía para nosotros la continuidad con una literatura que había quedado interrumpida con la Guerra Civil. Fui a verle y me trató muy amablemente, casi con cariño, lo cual resultaba bastante extraño en un hombre como él. Hablamos de literatura y estaba muy interesado en lo que hacíamos los jóvenes. También me pidió que le llevara chicas. Quería saber lo que pensaban las pocas mujeres que estudiaban, cómo eran. Entre setecientos estudiantes de derecho sólo había tres mujeres. De modo que fue muy poco lo que pude celestinear. Fui a su entierro, todo un acontecimiento social para la época.

Atravesamos el puente donde pescan varios niños y tomamos el cauce del río que se remansa después de una presa. Abajo destacan los contrafuertes del Monasterio del Parral, donde se encuentran los sepulcros de los marqueses de Villena. En la



penumbra ociosa de los juncales se ven turistas, paseantes y desocupados. José Esteban se dispone a encender un nuevo veguero, pero se lo piensa y se limita a morderlo con suavidad mientras camina.

– Como es natural me relacionaba más con los jóvenes. Fue decisivo en mi vida conocer a Gabino Alejandro Carriedo. Eso ocurrió en 1956, más o menos. Era un hombre único, de los pocos que yo he conocido que merecían la pena. Y he conocido a muchos en este terreno tan peligroso de la literatura. Gabino me aportó ideas distintas sobre la escritura. Me enseñó a jugar con las palabras y a perderle el miedo al toro de las ideas que se disfrazan de bailarinas. Me hundió la concepción clásica de la poesía. Me puso en contacto con Angel Crepo y con "Poesía de España" donde aparecieron algunos de mis poemas.

– ¿Teniais algún lugar de encuentro?

– Sí. Por aquella época el Café Pelayo, hoy desaparecido. Era un café especialmente feo, hosco, cutre, sin personalidad. Pero era el lugar de reunión de hombres como Gabriel Celaya, López Pacheco, López Salinas, Alfonso Sastre, Hortelano, Angel González, Antonio Ferrer y muchos más. En realidad la tertulia de Pelayo era un centro de izquierdas. Había unas ganas de vernos enormes. Había que pasar por allí para darse cuenta lo que significaba ese oasis en medio del gran desierto que era la cultura en Madrid y en España en ese momento.

– También un oasis de ginebra...

– Y de vino, bueno y malo, de todo se bebía. La tertulia se dividía en dos: los abstemios, comunistas puros –Sastre y Ferrer– y los golfos –Celaya y Hortelano. Ni que decir tiene que yo me sumé a esta última.

– ¿Cuándo comenzó tu actividad editorial?

– A mediados de los sesenta. Jesús Munárriz y yo fundamos Ciencia Nueva. Fue una de las experiencias más importantes de mi vida.

– ¿Te encuentras más a gusto como editor que escribe o como escritor que edita?

– Son caras de la misma moneda. Editar un libro, y más si es un libro de un desconocido, de alguien que empieza o que no ha llegado todavía, me produce tanta satisfacción como editar un libro mío. Luego están las recuperaciones, aquellos textos que pasaron desapercibidos en su tiempo y que por alguna razón admiten una nueva lectura.

Sofocados, nos apartamos del cauce del Eresma y nos dirigimos a un prado coronado por las almenas del Alcázar. Con más reposo José Esteban me cuenta los trabajos y los días de su vida editorial. La referencia a Turner es inevitable. Turner fue una especie de reencuentro de la cultura española consigo misma y una manera de introducirnos a nuestra propia historia, de devolvernos un poco de lo que se había perdido o echado a perder.

– Turner fue una manera instintiva de responder a la cultura oficial. En cierto modo tuvo un carácter anticipativo, pues proponía un modelo social basado en la concordia. Cómo puede entenderse si no que Ernesto Giménez Caballero, un reputado fascista pudiera convivir en una colección al lado de gente como Herrera Petere. Esa fue la cultura de la transición. Pero no de la transición política, sino de la transición cultural que comenzó mucho antes. La política siempre fue a remolque de las iniciativas de la calle. Turner, sin un plan preconcebido, por pura fe, tuvo este sesgo. Todo esto tenía su traducción en la vida cotidiana. En cierta ocasión senté a la misma mesa a José Bergamín y a Ernesto Giménez Caballero. Ambos se midieron desde el más absoluto respeto y admiración. Cuando se estrecharon la mano, pensé que sólo era posible desde ese ámbito, el de la cultura. La literatura en este sentido, debe proponer emblemas morales, que nos ayuden vivir con dignidad.

– De ahí tu predilección por los vencidos, los sin voz.

– Sí, desde que recuerdo, desde mis primeros artículos he tratado de reivindicar la estatura y originalidad de algunas voces. Esto no era fácil hace algunos años. A quién podía importarle un Ciges Aparicio, un Carranque de Ríos, un Alicia Garcitoral... Todos ellos habían perdido la guerra y con ello el derecho a que su literatura permaneciera viva. Pero el tiempo y, sobre todo la curiosidad, madre de la verdad, pone las cosas en su sitio. Hoy, en determinados ámbitos, no se ignora que Ciges Aparicio fue un excelente escritor fusilado por Franco, o que Carranque de Ríos tuvo aportes de originalidad. Y así pasa con muchos más.

El anecdotario de José Esteban es rico y desconcertante. Aunque en verdad sólo es el pretexto de saludables sobremesas entre sus amigos, que son muchos y distintos en oficios y maneras y puede uno encontrárselos a la vuelta de cualquier esquina. Este es el caso de dos veraneantes que pasean por la plaza Mayor y que se detienen para saludarle. Con jerga de entendidos ponderan su *Breviario del cocido* (Mondadori, 1988) y su *Refranero de la alimentación* (1996); intercambian recetas y direcciones y cuando se despiden José Esteban dice:

– Es sorprendente la devoción española por la literatura del estómago. Se nota que hemos sido un pueblo hambreado. Los libros de cocina española son siempre bien recibidos y tienen lectores fieles y agradecidos. Me los suelo encontrar en cualquier parte. Son por lo general hombres que disfrutan de una

madurez aceptable, hedonistas que contemplan serenamente con ojos golosos la realidad.

Eso nos lleva a la diversificación temática de su escritura, esos librillos con que parece recordarnos que la literatura está hecha de rincones menores. Pero también todo eso que, como buen alcarreño, le acredita como ingénito recolector de mieles ajenas; zahorí que va con la varita tendida sobre el terreno literario descubriendo la mina que otros explorarán con más provecho y beneficios. No hace mucho el consejero de Cultura de la Comunidad de Madrid anunciaba a bombo y platillo el descubrimiento bibliográfico de un texto de Baptista Remiro de Navarra sobre la vida madrileña que José Esteban había publicado años atrás. Lo mismo cabría decir de muchos otros. Incluso esos artefactos literarios en que ha novelado la historia ejemplar de los liberales del XIX, y de los que *El himno de Riego* es su preferido, son señales, advertencias del minero literario que perfora la veta y deja paso al trabajo mecánico y académico. Su última aventura recolectora es *Los proletarios del arte*, una recopilación de textos bohemios sobre la bohemia, o sobre las bohemias, que inaugura la colección Biblioteca de la Bohemia, de Ediciones Celeste.

– Estaba la negra bohemia de los que vivían en los descansillos y acechaban la puerta de las buñolerías. Y estaba la bohemia heroica que era parecida en todo a la anterior, pero se diferenciaba en que era soportada con dignidad. Con una elocuente dignidad, podríamos decir. A esta pertenece Alejandro Sawa, ese meteoro de desgracia y buen gusto que atravesó los cielos del Madrid fin de siglo. Y hubo también una bohemia militante, politizada, imbuida de los idearios anarquistas, que dejó su marca de misticismo en artículos y opúsculos de la más variada índole. A esta pertenecería un hombre como Ernesto Barks. Luego hay otra bohemia imitativa, apastelada, pero esta ya no me interesa tanto.

De vuelta del paseo campestre nos hemos detenido en la exposición de la obra del pintor palentino Juan Manuel Díaz Caneja. La atribulada geometría de sus composiciones referidas a la Tierra de Campos resulta fascinante cuando las pupilas rebotan de sol. Lo que encuentra el visitante son los fognazos amarillos de las rastrojeras, los ocres brumosos, inquietantes de lo que parecen sombras entumidas o agazapadas, los grises constelados de los paisajes invernales. El campo castellano, en suma, de una orfandad épica.

– ¿Qué te dice Castilla-La Mancha?

– Muy poco. Yo creo en la Mancha y Castilla como paisajes. No creo en las divisiones administrativas. Creo con Ortega que ser español es algo muy importante. Pero sobre todo creo en la lengua española. Me siento castellano-mancheño como me siento peruano, colombiano o argentino. Somos hijos de la lengua y en esa medida estoy próximo y atento a los que tengo cerca. Ahora mismo estoy trabajando también en otro proyecto que es *Castilla-La Mancha vista por los autores hispanoamericanos*. Se trata de una recopilación de textos de diversos autores que tienen como reflexión o indagación literaria las tierras de Castilla-La Mancha. Un escritor que no cree en Castilla-La Mancha pero que escribe un libro sobre Castilla-La Mancha, no es una contradicción tan irresoluble como parece. Lo que no me creo de Castilla-La Mancha es eso, su paisaje diseñado por la política. Frente a ese paisaje está el que refleja la literatura y el arte.

Como estamos en el año del centenario de Federico García Lorca le pregunto ingenuamente si ha llorado alguna vez como lloran los niños del último banco. Bebe un sorbo de cerveza mientras se lo piensa y dirige la vista a la Plaza Mayor.

– Yo nunca estuve en el último banco.